por consiguiente, que encontremos huellas del eúskaro en el Mediodía de la Europa, y de este mismo ó de otro muy parecido, hermano ó predecesor suyo, en Asia.

Castren, Früs, Lourot, Reguli, Humfalvy, Gablenzt, Roæhrig y otros han estudiado ya los idiomas de aglutinación ó turanianos, y Max Muller ha demostrado perfectamente que todos ellos tienen el mismo origen. El príncipe Luís Luciano Bonaparte ha tratado de probar la identidad del eúskaro y de las lenguas finesas, y aunque no lo haya conseguido por completo, sus aproximaciones hacen resaltar un parecido muy notable. Pruner Bey cree que en el estado actual de las cosas pudiera presumirse que el morduino y el samoyedo presentan términos de transición ó un estado intermedio entre el eúskaro y las lenguas americanas por una parte, y por otra, las finesas. M. d'Abbadie reveló también cierto número de analogías entre el eúskaro y el húngaro y georgiano. Todo induce á creer que el eúskaro es un antiguo idioma turaniano mucho más extendido en los primeros tiempos de lo que pudiera creerse.

Si se hiciera un estudio detenido y exacto de la toponymia del Sur de Europa y de una parte del Asia se encontrarían seguramente resultados imprevistos. Humboldt y Astarloa no hicieron más que reducir al vasco unos cuantos nombres de pueblos españoles mencionados por los escritores romanos. La infinidad de denominaciones de lugares, montañas y ríos, quedan envueltos aun en el misterio. Se puede asegurar que en las provincias del Norte de España, á pesar de la influencia ó dominación de los celtas en Cantabria, la mayor parte de los nombres que no son de origen latino, son eúskaros. En las otras provincias se encuentran como es natural nombres que acu-

san un origen griego, fenicio y árabe; hay algo también de celta y de germánico; pero las invasiones de estos pueblos encontraron el país bautizado ya como quien dice, así es que en los sitios más humildes y desconocidos se encuentran todavía huellas del eúskaro, la lengua primitiva del país. No es opinión moderna la que supone que fué ésta en efecto la primera lengua que se habló en España. Muchos escritores habían afirmado esta creencia antes de los trabajos de Astarloa, Humboldt, Hervás y Erro. En la *Leyenda pendolada* (1) de Herman de Illanes en el año 1073 se lee: «que los primeros que llegaron á habitar nuestra nación é rregiones fueron Tubal con algunos compañas, é los tales fablaban el mal lenguage que en los nuestros tiempos fablan los que habitan las Vizcayas.»

Pedro Medina, en su libro de las *Grandezas de España* (2), dice que «los romanos introdujeron el latín y destruyeron la lengua propia que en España se hablaba que era la vascuence vizcaina.»

Lucio Marineo Sículo asegura lo mismo en sus *Cosas memorables de España* (3), y al Dr. Huerta (4) le parece sin disputa que la lengua que tocó á España fué la vascuence.

El Dr. Peralta Barnuevo no puede dudar de que fué el vascuence la lengua primitiva de España (5).

El P. Henao afirma que no fué la primitiva, sino la única y universal (6).

---

(1) Sacada del original por mandado del Alcalde Fernan Blazquez el año 1315, copiada y publicada en el libro de D. Luís de Ariz *Grandezas de Avila*.

(2) Impreso en Sevilla en 1548, cap. 72.

(3) Impreso en 1530, lib. 4.º

(4) *España primitiva*, cap. 3.º

(5) *España vindicada*, lib. 1.º, cap. 6.º

(6) *Antigüedades de Cantabria*, lib. 1.º, cap. 7.º, cit. 72.

D. Francisco Javier de Garma cree indudable la universalidad del *vascuence* en España (1). Y lo mismo dicen y aseguran el P. Moret (2), Andrés de Poza (3), Mariana (4), Garibay (5) y José Escaligero (6).

¿Qué pensar de todos estos hombres que testifican la antigüedad y la importancia del vascuence? ¿No se diría que hay en ellos una visión del porvenir científico? ¿O es acaso en el más antiguo de tales documentos, en la *Leyenda pendolada*, esa afirmación, un resto de antiguas tradiciones? Casi nos inclinamos á creer esto último, porque es difícil que una lengua desaparezca de un país y que el recuerdo de haber sido hablada en él se pierda por completo antes de mil años, es decir, 15 generaciones de ancianos, que es el tiempo que separa próximamente la *Leyenda pendolada* de la completa dominación de España por los romanos. Es lástima que los escritores antiguos no hayan dicho nada claro respecto de la lengua primitiva de la Península. Estrabon se queja de la difícil pronunciación de los nombres españoles, y esto es algo, porque indica ó establece una diferencia tácita de la que puede sacar provecho un buen entendedor. Antes de la invasión latina no podían hablarse en España más idiomas que el eúskaro ó el celta; al menos son los únicos que han dejado rastros de su existencia. Los romanos no se quejaron nunca de la dificultad de pronunciar el celta, que les era ya en tiempo de Estrabon bien conocido. Este geógrafo fué contemporáneo de Augusto y de Tiberio, y en su tiem-

(1) *Teatro universal de España.*
(2) *Anales de Navarra*, tít. 1.º, cap. 1.º, lib. 1.º
(3) *De la antigua lengua de España.*
(4) *H. E.*, lib. 1.º, cap. 5.º
(5) Id., lib. 4.º, cap. 4.º
(6) *Tratado de las lenguas de Europa.*

po, las Galias y las islas británicas ya estaban sometidas al yugo romano. Después de las relaciones establecidas por la conquista, los nombres españoles, si fueran celtas, no debieran extrañar más que los de aquellos paises á los romanos. Debemos, pues, referir al eúskaro el pasaje de Estrabon. Se sabe también que Diputaciones españolas presentadas al Senado romano necesitaban intérprete. Todo esto significa poco y no arroja gran luz en el asunto.

Por otra parte, los romanos, como los griegos, despreciaban tanto las cosas de los bárbaros que no se cuidaban ni de analizar sus idiomas, ni de distinguir los unos de los otros.

Por fortuna las huellas del eúskaro son muchas y bien distribuidas para que pueda caber duda respecto de su existencia en toda la Península. Basta echar una mirada sobre el mapa para convencerse de que una gran parte de los nombres de pueblos, ríos y montes tienen este origen; marcándose esto más, naturalmente, en las provincias que sufrieron menos las dominaciones extranjeras. En Asturias, por ejemplo, los nombres de Gauzón, Caranga, Carabia, Trubia, Buron, Borines, Gorfolí, ofrecen todavía perfectamente conservada la forma eúskara, sin mas alteración que el tránsito de las guturales suaves á las fuertes; y en otros muchos que pudiéramos citar, se marca como en éstos la coincidencia de la forma intacta y del significado adecuado y propio á la topografía del sitio. Podemos asegurar en vista del precioso mapa provincial de Schultz, verdadero cuadro de toponymia eúskara, que en Asturias, sin que admita duda, se hablaba vascuence hace dos mil años. Este mismo nombre de Asturias es una prueba de ello.

Estrabon habla de estas gentes del Norte de España como un geógrafo ó historiador moderno pudiera

hacerlo de alguna tribu salvaje de América ó de la Occeanía. Practicaban el sacrificio del caballo, antiquísimo rito, cuyos detalles en los pueblos del Arya, nos describe el Rig Veda, y en las entrañas abiertas de sus enemigos cautivos procuraban adivinar el porvenir. Pintábanse los rostros con bermellón y almagre y dejaban crecer las barbas y el cabello; se embriagaban con sidra del zumo de la manzana y su pan más ordinario era compuesto de bellotas, castañas y legumbres molidas. Por todos vestidos llevaban pieles de osos, de gamos ó robezos. Sus fiestas eran simulacros de batallas, y sus bailes danzas guerreras. Las noches de plenilunio las pasaban bailando en obsequio de un dios sin nombre.

Eforo, discípulo de Sócrates, que abrevió la historia de Herodoto en 414 de Roma, 338 antes de J. C., dice que en su tiempo no había templo alguno de Dios en toda Andalucía y sólo, de trecho en trecho, se veían piedras amontonadas de tres en tres ó de cuatro en cuatro (1).

No deja de llamar la atención esta ausencia de mitos religiosos en un pueblo, que á juzgar por la raza á que pertenece, debiera ser inclinado á los misterios del espíritu. Sin embargo, deja de ser extraño si se atribuye esto, más bien que á falta de religión, á falta de noticias respecto de ella. Se sabe que el eúskaro, en presencia del romano, era adusto, áspero y corto de razones; sus creencias debieron ser guardadas en el santuario de su conciencia para que el invasor no las profanase. Las ceremonias de su culto se harían veladas en los más recónditos sitios de sus bosques, y por templo, como los aryas y la mayor parte de los pueblos primitivos, tendrían el mundo. Es lo mismo

(1) Cita de Estrabon, C. III.

que en tiempos más recientes sucedió con algunas tribus salvajes, consideradas sin dios ni religión por los viajeros, y que después de conocidas mejor, ganándoles la confianza, se llegó á saber que tenían religiones complicadas.

Descubrimientos recientes en Yecla, en el cerro de los Angeles, en Mérida y en otros puntos, han venido á probar la existencia de una mitología y de un culto formal en la Lusitania y en una gran parte del centro de España; pero las inscripciones y el arte de los objetos encontrados revelan una procedencia externa y posterior á la invasión celta y á las colonias fenicias. Vino después el cristianismo, y con él el olvido de los dioses y de las tradiciones antiguas. Nada queda ya de aquellos poemas y de aquellas leyes en verso que según Estrabon contaban seis mil años de antigüedad. Todo lo que se conserva hoy entre los eúskaros no tiene carácter arcáico. Las tradiciones vasco-cántabras (1), sólo se remontan á la época romana y únicamente en el cuento de las Tres Olas y en el Basojaun, señor ó espíritu de los bosques, de horrible forma humana, con largas uñas y cuerpo velludo, parece entreverse un ligero sello de antigüedad (2). ¿Será cierto que se encuentran todavía entre los vascos reminiscencias de la aventura de Hero y Leandro y de la expedición de los argonantas? Por lo que á esta última se refiere, nada tendría de extraño, pues como veremos más adelante pudo ser muy bien un episodio mítico de origen eúskaro. Todo esto es poca cosa si se piensa en lo mucho que se habrá perdido.

Pero hé aquí que las huellas del eúskaro no están solamente circunscriptas á España. Tácito (3) describe

(1) *Tradiciones vasco-cántabras*, por D. Juan Araquistain.
(2) *Le Peys Vazque*, M. Michel, pág. 154.
(3) *Vida de C. N. F. Agrícola.*

un pueblo de caracteres eúskaros en Irlanda. El color moreno de los siluros, sus cabellos generalmente rizados y su posición respecto de España le inducían á creer que una colonia de íberos ocupara aquel territorio. El P. Carballo (1) con referencia á Florián de Ocampo, dice «que los asturianos llegaron á Inglaterra, que poblaron y habitaron haciendo sus casas de madera y estapones hincados en tierra entretegidos con varas, y les llamaron los siloros» y agrega que Tolomeo les llama siliris, y que cita en Inglaterra algunos nombres de lugares muy parecidos á los de Asturias.

Florián de Ocampo supone la llegada de los siluros á Inglaterra hácia el año 255 antes de J. C.; pero Florián no podía tener datos para fijar esta fecha, y la crítica no puede menos de rechazarla. El nombre de siluros revela casi una antigüedad prehistórica, significando en eúskaro el pueblo de las cavernas. Si es esto cierto, el fondo de población de las Islas Británicas antes de las invasiones aryanas, pudo haber tenido también una variedad ó un dialecto de la raza eúskara.

II.

Cuéntase que habrá como unos doscientos años hubo una muy formal discusión en el Cabildo de Pamplona, sobre si fué la lengua eúskara la que hablaron nuestros primeros padres Adán y Eva.

Sea lo que quiera, es cierto que el vascuence ha sido considerado por los vascófilos hasta principios de este siglo, como la lengua primitiva de la humanidad; siendo este error en parte provechoso, pues les indujo

(1) *Antigüedades y cosas memorables de Asturias*, pág. 70 del tomo primero de la gran *Biblioteca Asturiana*.

á buscar vestigios del eúskaro en otras partes que no fuesen las mismas provincias vascongadas. Es este convencimiento íntimo de la prioriedad del vasco, lo que obligó á Larramendi á hacer las atrevidas reducciones de palabras extranjeras que hace en su Diccionario y lo que influyó en el ánimo de Astarloa para escribir su *Apología de la lengua vascongada, ó Ensayo crítico filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las que se conocen*. Estas convicciones eran en ellos hijas de la intuición, porque no podían serlo del razonamiento, dado el atraso de la ciencia filológica; y es lo grande que su intuición no les engañó. La ciencia conoce hoy la antigüedad remotísima del eúskaro. Es más antiguo que todos los idiomas indo-europeos y semíticos, tanto como el que más de los turanianos, y no menos quizá que el chino, que es un monosilabismo complicado, y que necesitó probablemente una incubación tan larga como los aglutinados.

Astarloa tuvo la honra de ser el amigo y el maestro de Humboldt. Las reducciones de los nombres de pueblos españoles publicados por éste en el *Mitrídates de Adelung*, son, con pocas variantes, las mismas de la *Apología* del cura de Durango; pero Humboldt fué mas lejos y extendió la toponymia eúskara á la Italia como una prueba de que el vasco había dominado el Mediodía de la Europa. La crítica se ceba en algunas de estas reducciones que indudablemente tienen algo de exagerado y arbitrario; pero no puede, por más esfuerzos que haga, hincar su diente en las demás. Aquella dominación es un hecho; mas no debemos pasar adelante sin demostrarlo, destruyendo al mismo tiempo algunos falsos argumentos de la crítica.

Existe un fenómeno que se explica bien por la falta de método, no sólo en los críticos, sino en los expositores, y es: que suelen dar la preferencia en la investi-

gación á una ó más lenguas que tienen bien estudiadas, en perjuicio de otras que no conocen tan bien, procurando reducirlo todo al molde estrecho de su preconcebido sistema. Esta fué la causa de las reducciones al hebreo en los siglos anteriores, y de la tendencia que se observa hoy á explicarlo todo por el sanscrito.

El crítico, á quien tenemos que combatir aquí, es de una especie más rara; tiene sus preferencias por el celta y el latín. Y no porque desconozca el eúskaro; al contrario, lo conoce bien; sino porque no se ha hecho cargo ni de la importancia ni de la extensión que el eúskaro tuvo seguramente en la antigüedad. Este crítico es M. Bladé. Para él, las palabras y las formas que mejor conservan el carácter y sello del eúskaro, siempre que son citadas para probar una influencia de este idioma sobre los pueblos ó paises históricos, de la cual pueda salir alguna nueva y luminosa consecuencia, son siempre dudosas ó negadas, y parece complacerse en atribuirles un origen moderno relativamente, buscando sus elementos en el celta, en el latín y á veces en los *patois* franceses. Veremos más adelante cuán engañador es este método, puesto que si el eúskaro tuvo una influencia efectiva, más antigua, que se revela en vestigios innegables, es claro que las lenguas y dialectos de que se sirve este crítico pudieron sufrir aquella influencia, presentando hoy formas parecidas y heredadas en remotos tiempos, acaso en el tránsito de la aglutinación á la flexión, y usadas en una lengua anterior al eúskaro y á ellas mismas. La historia de los elementos ó raices que forman hoy las palabras de los idiomas modernos, es mucho más antigua de lo que M. Bladé ha podido figurarse.

Debemos empezar por un argumento que sería formidable y haría desconfiar del eúskaro para siempre,

como término de comparación con otros idiomas si tuviera fundamento. La lengua eúskara, dice este crítico, ha sufrido tales modificaciones, de trescientos años á esta parte, que los antiguos fragmentos en ese idioma por aquella fecha han llegado á ser casi ininteligibles. No parece sino que M. Bladé, inspirado por un genio enemigo del eúskaro, temiendo los resultados de investigaciones ulteriores, procura apartar de ellas los ánimos por todos los medios.

Veamos en qué funda esta afirmación, que de ser cierta y de desentrañar sus consecuencias, reduciría el eúskaro á idioma nuevo en el cual habrían desaparecido todo elemento y toda forma verdaderamente arcáicas.

M. Bladé (1) desafía al vascófilo más ejercitado á que niegue que los más antiguos textos vascos del lado de allá de los Pirineos, no encierran un buen número de arcaismos y oscuridades frecuentemente impenetrables que van decreciendo desde el siglo XVI hasta nuestros días.

Ahora bien, esos textos antiguos á que se refiere M. Bladé son las poesías del cura Bernardo de Chepare en 1587, la versión del Nuevo Testamento de Lizárraga en 1671, el pasaje vasco de Pantagruel (L. I. ch. IX) que pareció por primera vez en la edición de Dolet en 1541, y los proverbios vascos impresos por Oihenart en 1657.

Julien Vinson (2) ha probado ya que estos textos, si se prescinde de los errores de los copistas, se parecen bastante á lo que hoy pudiera escribirse. El pasaje menos claro y en el que hace la crítica más incapié

---

(1) Bladé: *Etudes sur l'origine des Basques*, págs. 264 á 267. París.

(2) *Revue de Linguistique*, págs. 65 y 66, tomo 3.º

por ser también el más antiguo impreso, es el que Ravelais pone en boca de Panurgo; sin embargo, los críticos están ya conformes hoy en que las alteraciones graves de este texto, son debidas, no tanto á la ignorancia de los copistas, como á la del compositor, y en que es preciso echar á un lado la hipótesis de un estado arcáico de la lengua en aquel tiempo, puesto que las poesías de Chepare, impresas en 1555 son hoy comprendidas perfectamente por el vasco menos letrado. La restitución de este famoso texto ha sido hecha por M. Archú, y según parecer del príncipe L. Bonaparte, el pasaje debió ser escrito en vasco suletino ó bajo navarro oriental (1).

Ravelais era un genio, y los genios estudian muy aprisa. Creía de buena fe saber el vasco y lo sabía quizá de cierto modo; como otro genio parecido á él, como Víctor Hugo lo sabe también. ¿No se lee en uno de los libros de este último que las palabras eúskaras, *Etcheco Jauna* (2), que significan, según él, trabajador de la montaña, son entre los cántabros una entrada en materia solemne y reclaman la atención? *Etcheco Jauna*, sin embargo, nunca significó, ni por asomo, trabajador de la montaña; si algo significa, es el señor ó el amo de la casa. ¿Será por esto menos grande Víctor Hugo? La crítica no tiene nada que ver con esta clase de hombres, sino respetarles hasta en sus dislates, y callar.

M. Bladé cita además los fragmentos ó estrofas guipuzcoanas publicadas en el compendio histórico de Izasti, cuya traducción no se ha hecho todavía, teniéndola él por imposible á causa de la transforma-

(1) *Etudes de Linguistique et d'Ethnographie*, par A. Hovelaque é J. Vinson, pág. 227.

(2) Victor Hugo, *L'Homme qui rit*. Lib. 2.º, cap. 3.º

ción sufrida por el vasco de entonces acá. M. Bladé no se ha fijado por lo visto en el apéndice añadido por Floranes. Esta publicación tiene una pequeña historia que explica la oscuridad del texto. Floranes preparó para la publicación de 1871 el manuscrito de Izasti fechado en 1625, y dice que ha extractado los textos en cuestión al Dr. Pedro Saenz del Puerto Hernani, abogado, beneficiado y catedrático de Oñate, y agrega: que es muy *menuda*, muy *equívoca* y á veces *imperceptible* la letra del Dr. Puerto. Vése, pues, que la oscuridad de algunos textos antiguos, debe atribuirse más bien á errores y á equivocaciones naturales al copiar una lengua poco conocida y mal escrita, que á trasformación de la misma; y prueba de ello que hay textos tan antiguos ó más, perfectamente claros, como sucede con el *Fragmento del canto de la batalla de Beotivar*, publicado por Estéban de Garibay, y que debe elevarse, por más que se diga, al siglo XIV, época de la batalla.

Esa profunda transformación que M. Bladé supone en el eúskaro, no existe pues. No quiere decir esto que el eúskaro no haya tenido en absoluto cambio alguno; pero el único que parece haber sufrido de unos siglos á esta parte, es el poco empleo de las formas verbales simples, que llama formas contraidas Inchauspe, el autor del *Verbo vasco*, antes mucho más en uso, cosa que se hace notar más, por otra parte, en unos dialectos que en otros. Esta y otras pequeñas diferencias en los dialectos vascos, sobre las que Larramendi tiene cuidado de llamar la atención en su gramática, sobre todo en las declinaciones y conjugaciones, dan á conocer que el espíritu de la lengua persiste en casi toda su pureza, y que las formas y el vocabulario han cambiado poco, pues de no ser así, las diferencias serían más acentuadas.